



Azucena González

La donçella maldita



 Círculo Rojo
editorial

Primera edición: junio 2021

Depósito legal: AL 1374-2021

ISBN: 978-84-1104-147-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Azucena González Serrano

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Dedicada a mi marido Jose, por ser un apoyo constante
en mi vida y aguantar todas mis “tonterías”
que son muchas. Y a mi hijo Joseba por sus aplausos,
por que con ellos me dio los ánimos necesarios
para comenzar a escribir esta novela.*

Sois y seréis siempre lo mejor de mi vida.

1. EL RESCATE

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero debía de ser bastante, ya que solo veía oscuridad a su alrededor. Ninguna luz aparecía tras el horizonte de ese mar embravecido que balanceaba su maltrecha barca, y el terror volvió a surgir en su mente. Tenía las manos adormecidas y doloridas de achicar el agua helada que entraba cada vez con más fuerza en la barca. No paró de llover desde que se encontraba en ella, y su cuerpo temblaba de frío bajo su mojado vestido.

—¡Dios mío, ayúdame! No dejes que me rinda.

Pero no parecía que sus súplicas conmoviesen a nada ni a nadie, ya que la tormenta era cada vez más intensa. Las inclementes olas golpeaban una y otra vez con más fuerza. No podía luchar más, solo era una pequeña mujer que no tenía fuerzas. Sus manos no respondían y la lluvia seguía arreciando, así que se acurrucó como buenamente pudo en la esquina del bote, y cerró los ojos. Rezó en silencio las pocas oraciones que conocía y se resignó a morir.

Su tío por fin había podido hacer lo que tanto temía; hacía mucho tiempo que sabía que, tarde o temprano, aquello sucedería, pero nunca sospechó que sería de aquella manera tan cruel. Angus era un hombre tan supersticioso que nunca se atrevería a hacerlo

con sus propias manos y debió pensar que un accidente en el mar sería más apropiado. Después de hacerla subir al barco a escondidas, se alejaron de la costa, la metió en el destartalado bote y la abandonó a su suerte. No tuvo miedo hasta que comenzó la tormenta y la luz del sol se escondió tras las nubes negras. Los relámpagos iluminaron con fuerza el mar que ahora iba a terminar con su corta vida.

Llevaba tanto tiempo mirando al horizonte, intentando esquivar las rocas que aparecían peligrosamente delante del *birlinn*¹, que creyó ver alucinaciones al contemplar lo que tenía delante de sus ojos.

—¡No puede ser! —Se quitó el agua de la cara que impedía su visión—. ¿Qué hacía esa pequeña barca por esta zona tan abrupta?

«Solo es una ilusión», se dijo al verla desaparecer tras las olas.

¡Pero no! ¡Otra vez estaba allí! Era un bote muy viejo y seguramente con la tormenta se habría soltado de su amarre.

No le dio más importancia y decidió seguir con el rumbo cuando en el interior vio lo que parecía ser un cuerpo.

—¡Maldita sea! —masculló—. Sean —eleva la voz—, ¡da orden de que viren a estribor! —gritó señalando hacia la pequeña embarcación.

Sean volvió la mirada hacia donde indicaba su hermano y miró los alrededores.

—Está bien, todo a estribor —ordenó al resto de la tripulación que observaban atónitos a los dos hombres.

—Espero que sepas lo que haces. —Miró a su hermano con preocupación—. ¡Podría ser una trampa!

—Sí, lo sé. Tendré cuidado. ¡Que los hombres estén atentos a todo lo que se mueva!

Brendan solía ser más cuidadoso, pero allí había algo que parecía llamarle.

—¡Vamos allá! A ver que hay en el interior de ese maldito bote.

¹ *Birlinn*: embarcación típica escocesa.

Después de luchar contra el viento, se acercó a la barca cerciorándose de que no había nada que resultase sospechoso, solamente ese bulto que a simple vista parecía una mujer muerta. Se acercó lentamente, y con la punta de su *claymore*² tocó el cuerpo inerte. No se movió, así que con cuidado separó de la cara el pelo empapado de la mujer. Había sido una mujer hermosa, pensó. Su pelo largo y negro, su cara de niña y esos labios que, aún estando azules por el frío, invitaban a ser besados.

«Brendan, hace mucho tiempo que no estás con una mujer». Se dijo a sí mismo ante semejantes pensamientos.

Miró hacia el *birlinn* para asegurarse de que todo iba bien, volvió la vista hacia esta y, en ese momento, se quedó prendado de los ojos más violetas y encantadores que había visto en su vida. No era posible. ¡Estaba viva! Tras unos instantes de vacilación, se quitó la capa de piel y envolvió a la chica con ella. Debía estar helada, pues llevaba puesto un fino vestido, demasiado delgado, ya que a través de él se adivinaba unas sugerentes curvas.

Mientras la subía al *birlinn* no hacía otra cosa que preguntarse qué demonios haría una mujer sola en ese bote. ¡Acaso no tenía familia que se preocupara por ella! ¿Un padre, un hermano o un marido?

¡Maldita sea si tenía marido y había permitido que pasara esto! ¡Me encargaría personalmente de él! Era extraño, pero solo de pensar que la mujer podría estar casada le hacía enfurecerse.

«¿¡Qué estás pensando!?!». Se dijo a sí mismo mientras le pasaba la mujer a su hermano.

—Sean, ocúpate de ella y volvamos a ponernos en rumbo, ya hemos perdido demasiado tiempo —vociferó a su hermano mientras volvía a su puesto de vigía.

Sean recogió a la chica y, sin apenas mirarla, la llevó a la parte más seca de la embarcación; no era gran cosa, un hueco entre unas cajas que se encontraban tapadas con una lona, pero por

² *Claymore*: espada usada en Escocia.

lo menos estaría algo más protegida de la lluvia y del viento que arreciaba por momentos. La acomodó como buenamente pudo con la capa que su hermano le había colocado encima, y volvió para ayudar a sus hombres. No podía hacer nada más por ella, la tormenta se volvía más cruenta y todas las manos eran necesarias para que el barco no chocara contra alguna de esas malditas rocas que aparecían de la nada. Ese viaje estaba siendo demasiado duro.

Kathleen se había despertado en el bote, pero tuvo demasiado miedo. No sabía a qué atenerse con aquel hombre, así que decidió volver a cerrar los ojos y fingir que estaba inconsciente. Eso le daría tiempo para pensar cómo salir indemne de aquella situación. No sabía quiénes eran sus nuevos captores ni qué se proponían hacer con ella, pero por lo menos ahora estaba protegida de la lluvia y a salvo de la tormenta. Estaba cansada y demasiado dolorida para hacer algo más que estarse quieta. El calor que desprendía la capa terminó por vencer la poca resistencia que le quedaba y se quedó dormida sin apenas darse cuenta.

Sus sueños volaron hacia el hombre que la había salvado. No le había dado apenas tiempo de verlo, solo su figura, su melena y, sobre todo, sus ojos fieros pero ardientes. Sus brazos fuertes y su pecho duro como las rocas, pero lo que ella recordaba con más fuerza era sus ojos y un olor a brezo y mar, el mismo que desprendía la prenda con la que él la había cubierto.

2. UNA PEQUEÑA MENTIRA

El sol le daba en la cara y el calor hizo que regresara de su sueño; abrió los ojos recordando poco a poco lo sucedido la noche anterior. Le dolía todo el cuerpo por los esfuerzos y tenía una sed horrible. Alguien le había dejado a un lado un poco de pan y una jarra de cerveza. No le hacía mucha gracia empezar el día con la cerveza, pero la sed la estaba matando, así que dio un par de pequeños sorbos.

Acababa de coger el trozo de pan, cuando una pícara y sonriente cara apareció a su lado.

—¡Hola! ¡Espero que hayas podido descansar un poco!

Kathleen miró, entre sorprendida y asustada, a aquel hombre que amablemente le sonreía.

—¡Perdón, no me he presentado! Mi nombre es Sean —se disculpó, pero la chica seguía sin decir nada—. ¡Bueno! Está bien, te dejaré tranquila. Cuando te sientas preparada para ello, a mi hermano y a mí nos gustaría conocer cómo terminaste en medio de semejante tormenta —dijo mirando tras ella.

Kathleen asintió con miedo mientras miraba de reojo al hombre que había señalado como su hermano. ¡Era el hombre de la barca! Y estaba allí, de pie, observando en la distancia con el

viento de cara, que llevaba su melena por encima de esos hombros fuertes y morenos. «Se debe haber aseado», pensó, porque llevaba solamente puestas unas calzas y se secaba el desnudo pecho con un paño. Sintió que se estaba ruborizando y bajó la cabeza para que el hombre que estaba a su lado no se diera cuenta. Él debió malinterpretar su gesto porque al instante aseveró:

—No te preocupes, no es tan fiero como parece. Gruñe mucho, ¡pero es inofensivo! —Rio—. Tómame tu tiempo y, cuando estés preparada, escucharemos encantados tu historia —dijo tras levantarse y dedicarle una gran sonrisa.

Ella masticó despacio, mientras su mente intentaba hilvanar una historia que resultara lo más creíble posible. No podía contarles la verdad, ni bajar la guardia. ¿Quién le decía que esos hombres no eran aquellos con los que su tío hacía tantos negocios? Tenía miedo, y era comprensible, ya que, al fin y al cabo, solo era una mujer en manos de ¿unos contrabandistas? ¿Y si no lo eran? Suspiró, demasiadas preguntas y muy pocas respuestas atormentaban su mente.

Todos parecían ocupados en sus labores, aunque de vez en cuando alguien la miraba y sonreía. No parecían sonrisas malévolas, sino más bien amistosas, o por lo menos eso le parecieron a ella. De algo estaba segura, no eran como los hombres que solían frecuentar el castillo: zafios y mal olientes. Había algo en todos ellos que curiosamente la tranquilizaba. Se levantó, acomodándose la capa sobre los hombros, y, con toda la serenidad que pudo, fue hacia ellos.

No había terminado de llegar ante los hombres, cuando los dos se dieron la vuelta hacia ella. ¡Dios mío! Eran altos, fuertes y muy atractivos. Lo único por lo que se les podría distinguir era que el llamado Sean tenía los ojos verdes y la melena de un tono castaño, mientras que su salvador, en cambio, tenía los ojos marrones, el pelo más oscuro y una pequeña cicatriz en el puente de la nariz. Ellos se acercaron, incluso antes de que ella pudiera abrir la boca.

—¿Y bien? Estamos esperando a que nos cuentes —le espetó el más moreno.

Sean miró con enfado a su hermano.

—Bueno, será mejor que nos presentemos antes de continuar, ¿no crees? —le dijo en tono conciliador—. Mi nombre es Sean, como ya te dije antes, y él es mi hermano Brendan —dijo golpeando con la mano en el pecho a su hermano.

La chica respiró hondo y, tras unos segundos de vacilación, empezó a hablar:

—Me llamo Kathleen, y la verdad es que ¡no hay mucho que contar!

Brendan la miró y se cruzó de brazos con aire cansado.

—Había salido a pescar y la tormenta me cogió desprevenida —prosiguió no muy convencida, pero, viendo que los dos seguían esperando, continuó—: ¿Cómo iba a saber yo que habría semejante tormenta? Cuando salí con el bote, el mar estaba en calma —se excusó levantando los hombros.

Tras unos segundos tensos, Brendan suspiró y tomó la palabra:

—¡Está bien, Kathleen! —La miró fijamente—. Has dicho que te llamas así, ¿verdad?

Ella tragó saliva y asintió.

—Bien, ¿qué te parece si ahora nos dices de dónde eres? Te ayudaremos encantados a regresar con tu familia, que seguramente te estará buscando. ¿No crees, Sean, que la estarán buscando? —Miró a su hermano con complicidad.

—Claro, claro, tienes razón. Seguro que andan desesperados sin saber nada de ella. —Los dos la miraron sonriendo.

Ella se quedó con la boca abierta, había pensado que con suerte la dejarían en cualquier aldea, nunca se le habría pasado por la cabeza que unos contrabandistas se preocuparan por una mujer y se ofrecieran a llevarla de vuelta a su casa.

—¿Qué te pasa, pequeña? Parece que te has quedado sin habla —preguntó Brendan, ladeando un poco la cabeza.

—No, es que yo... —Dudó un momento—. Bueno, pues es que yo... ¡Yo no tengo familia! —dijo, al fin, mordiéndose el labio inferior—. No tengo a nadie, estoy sola. Me quedé sin comida, sin dinero y salí a pescar...

Una lágrima se resbaló por su mejilla sin que se diese cuenta. No tenía a nadie, en eso no les mentía. Tras unos breves instantes, en lo que parecía que no le habían creído...

—Está bien, tranquilízate. De momento te quedarás con nosotros, después ya veremos —puntualizó Brendan, que, al verla al borde del llanto, había tenido que hacer un gran esfuerzo para no estrecharla entre sus brazos. Mentía. De eso no había duda, pero ¿por qué?

—¡Bien! Ahora será mejor que vuelvas donde estabas hasta que lleguemos a casa. Mi hermano procurará que no te falte de nada hasta que desembarquemos.

Sean le ofreció su brazo y caballerosamente la acompañó. Allí movió unas cajas para que estuviera lo más cómoda posible, y después se volvió para hablar con su hermano.

—Está mintiendo, no sé de qué o de quién, pero creo que está huyendo y muy asustada —le comentó en voz baja.

—Sí, lo sé. —Suspiró Brendan—. Yo también creo que tiene miedo, pero no podemos hacer nada por ahora. Mejor dejarla tranquila un tiempo.

—Sí, tienes razón. No ha salido a pescar, eso seguro. Es más, ¡creo que no tiene ni idea de lo que es un aparejo! —Se volvió hacia la chica y le dedicó una sonrisa. Ella seguía sin moverse de su rincón. Después miró a Brendan, que estaba absorto mirando el horizonte—. Parece que la chica te ha impresionado de verdad, hermano. Nunca te había visto tratar a una mujer de esa manera tan... —Pero su hermano no le dejó terminar de hablar.

—¡No digas tonterías! —Y, dando por zanjado el tema, dio media vuelta.

Aunque Sean no se dio por vencido y bromeó:

—¡Ten cuidado, hermanito! A ver si va a resultar ser una *selkie*³ que ha venido a embrojararte.

Brendan se paró en seco y, apretando los puños, se marchó. No iba a caer en la broma de su hermano.

Kathleen se sentía mal, no le había gustado mentir a quienes la habían salvado, pero tenía miedo y, al fin y al cabo, era verdad que estaba sola y sin dinero. Diciendo eso no hacía daño a nadie y necesitaba sentirse a salvo. Procuró no molestar mientras los hombres seguían con su trabajo. Sean, cuando sus obligaciones se lo permitían, le hacía compañía, cosa que ella agradecía con una sonrisa. En realidad, todo el mundo en el *birlinn* intentaba que se sintiese bien. Bueno, todos no: Brendan ni la miraba. Es más, parecía querer evitarla en todo momento. Alguna que otra vez, ella se permitía observarlo a hurtadillas queriendo ver un gesto, una sonrisa, cualquier cosa, pero nada. Aunque no sabía el motivo, necesitaba que él se preocupara por ella.

El resto del viaje fue tranquilo. La tormenta del día anterior había dejado el cielo azul y brillaba el sol. El invierno estaba acabando y hacía algo de calor. Eso la animó para acercarse a mirar por la borda; estaba ensimismada mirando el mar y soñando como podría ser su vida ahora que estaba fuera de su prisión. Tenía apenas veintidós años y no había conocido nunca la libertad. Desde que tenía uso de razón, solo había visto el cielo desde su ventana, o cuando salía al mal llamado jardín que había en el interior del castillo. Ahora tenía tantas cosas que ver, que conocer. Quería saber cómo vivía la gente fuera del recinto de un castillo, correr por un prado y, viendo la suavidad del mar en calma, pensó que incluso le encantaría saber nadar y bañarse sin

³ Seres mitológicos: son criaturas marinas con forma de foca. Se les puede encontrar cerca de las islas Orkney —islas Orcadas— y Shetland. Las hembras pueden quitarse la piel y llegar a tierra en forma de hermosas mujeres. Si un hombre encuentra la piel, puede forzar a la selkie a ser una buena esposa, aunque un tanto triste. Si la selkie consigue recuperar su piel, vuelve inmediatamente al mar, dejando a su marido.

peligro en sus aguas. Era algo que nunca había pensado hasta ese mismo momento. Sí, tenía muchas cosas que hacer y conocer, pero ahora, por fin, podría hacerlo, siempre y cuando su tío no la encontrara. Al volver a pensar en lo acontecido la noche pasada, se estremeció y se abrazó fuertemente. No podía consentir bajo ningún concepto que la devolvieran a su prisión. Sintió que alguien se detenía detrás de ella, y, sin volverse, supo enseguida quién era. Un cosquilleo recorrió su cuerpo: Brendan, por fin, se había acercado a ella.

El pelo negro y brillante de la mujer bailaba con la brisa del mar, su mano cobró vida e hizo amago de acariciarlo, pero no pudo hacerlo; bajó la mano y aspiró el aire del mar. Se puso al lado de la mujer y se apoyó en la rugosa madera del barco sin decir nada. Permanecieron en silencio contemplando el mar. Ella, ruborizada, rezaba para que él no se diera cuenta, y él luchando por lo que sentía al estar a su lado.

No había logrado quitársela de la cabeza desde el mismo momento en que la había recogido de aquella barca. Solo podía pensar en ella, de tal manera que era incapaz de pensar en nada más. Estaba tan guapa con el pelo largo y alborotado, que, sin poder evitarlo, le vino a la mente la imagen de ella sobre su almohada; debajo de él con las piernas alrededor de su cintura o, lo que sería mejor, ella cabalgando sobre él con su hermoso pelo rozándole el pecho. Sus ojos mirándolo con lujuria, mientras él acariciaba su espalda, sus nalgas...

Meneó la cabeza para quitarse esa descabellada idea que lo estaba volviendo loco. ¿Cómo podía ser que una muchacha que acababa de conocer lo hiciese enloquecer de esa manera?

Volvió la cabeza para mirarla.

—Kathleen —se oyó decir mientras se encontraba con esos ojos que le habían embrujado—, solo quería que supieras que, mientras lo necesites, podrás vivir en nuestra aldea. Nadie te molestará, no te faltará ni techo ni comida y, si algún día por la razón que sea, decides regresar a tu hogar, no tienes nada más que

pedirlo. Te llevaremos allá donde desees ir —dicho esto, se dio la vuelta y se marchó.

Ella no sabía que pensar, estaba aliviada al saber que podría estar segura, por lo menos un tiempo. Sonrió al saberse a salvo, pero quería más; necesitaba sentir que le importaba, sentir sus brazos rodeándola y acariciándola. Eran sentimientos tan nuevos para ella, que hasta se avergonzaba de ellos. Cerró los ojos, suspiró y, recordando cuando la había rescatado, ¡hasta podía volver a sentir sus fuertes brazos! Al pensar en ello, se acercó el borde de la capa hasta la cara y aspiró su aroma. Un olor a brezo y a su dueño inundó sus sentidos.

Brendan estaba atónito. ¿De dónde habían salido esas palabras? ¿Cómo había podido involucrarse de esa manera con ella? Se había prometido una y otra vez a sí mismo no acercarse a ella y, sin saber por qué, le estaba dando asilo. ¿Qué había en ella que tanto le atraía? Sí, tenía que reconocer que le gustaría poder perderse en su belleza y en sus ojos violetas.

No, no debería involucrarse de ninguna manera con ella, pensó mientras se alejaba. La ayudaría como había prometido, no permitiría que nadie le hiciera daño, pero nada más. La chica tenía algo que le atraía fuertemente, eso lo reconocía, pero podría estar casada o prometida, y eso la hacía intocable. El honor era algo que él apreciaba por encima de todo, y eso no cambiaría nunca. Volvió la vista e intentó en vano no volver a pensar en ella.

Sean, mientras tanto, observaba en la distancia a su hermano que parecía contrariado cuando hablaba con la chica. Pero había algo más... Algo en la forma de mirarla. O mucho se equivocaba, o su querido Brendan se estaba enamorando. Sonrió, sería la primera vez que veía a su hermano flaquear por una mujer. No era ningún fraile, eso lo sabía de sobra, ya que por su cama había visto pasar diferentes mujeres, pero nunca lo había visto tan solícito por una de ellas.

Esperó a que su hermano se alejase de la chica para hablar con él:

—¡Brendan, espera!

—No estoy de humor para tu cháchara, así que ¡déjame en paz!

—Vaya, pues sí que la chica te altera...

—¡Ya te he dicho que no estoy de humor, Sean!

—Está bien, está bien... Solo quería ayudar.

—¿Ayudar dices? ¿Cómo me vas a ayudar? —Lo miró con recelo.

—Venga, te conozco de sobra como para saber que la mujer de verdad te importa.

Brendan miró a su hermano y a la chica.

—¿Y si es así?, ¿qué importa? No sé quién es ni de dónde viene, y ella no está dispuesta a decir la verdad. No puedo pensar en ella de ninguna manera.

—¿Por qué no? Cierto es que no sabemos de dónde viene, ¡pero tú crees de verdad que eso importa? Yo creo que está huyendo de alguien que quería hacerle daño, o simplemente de un compromiso con el que ella no estaba de acuerdo. Y si ese alguien tenía algún derecho sobre ella, lo perdió en el momento en que la recogimos.

—Pero...

—¡Venga, la chica te gusta! Yo lo veo, y el resto de la tripulación también. —Señaló a los hombres—. Dime que no te estás enamorando de ella.

Brendan paseó de un lado a otro pensando en las palabras de su hermano.

—La verdad es que no me la puedo quitar de la cabeza. ¿Qué puedo hacer? No sé que es lo que me pasa con ella.

—¡Hermano, eso se llama amor...!

—No sé lo que es, ni como se llama, pero me está volviendo loco. No sé cómo afrontar esta situación; ya ves... Yo, un *laird*, un guerrero. ¡No sé qué hacer!

—Solo tienes que aceptarlo.

—¿Y si ella no siente lo mismo? ¿Y si no la aceptan como mi esposa?

—Con respecto a tu gente, ya deberías saber de sobra que confían en ti, y que nunca pondrían en duda tus decisiones. Y en cuanto a ella, eso es algo que se verá con el tiempo.

—No sé... ¿Crees de verdad que sería posible que ella me aceptara?

Sean sonrió y asintió.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Brendan miro a su hermano y levantó la vista al cielo y decidió:

—¡Está bien! Haré todo lo posible para que ella me acepte... Y no, no quiero ver más esa estúpida sonrisa en tu cara.

—¡Ah, no! Lo siento, pero después de todas tus bromas sobre mi relación con Lanay, tengo pleno derecho a reírme un rato de ti.

—Ríete todo lo quieras, Sean, ¡ella va a ser mía! —Puso la mano encima de su hombro—. Pero tendrás que ayudarme a averiguar todo sobre ella, ¡no quiero que un día alguien aparezca reclamando lo que es mío!

—Espera a que ella se explique y nosotros, por nuestra parte, buscaremos información. Las notician vuelan, y tarde o temprano sabremos a que atenernos. No creo que se trate de ningún marido, ¡se ruboriza como una doncella!

—Tal vez esté huyendo de un matrimonio pactado.

—Bueno, sea lo que sea, esperaremos y lo afrontaremos juntos como siempre.

—Sí. ¡Como siempre!

3. UN NUEVO HOGAR

Faltaba poco para llegar, y todos los tripulantes estaban nerviosos; hablaban de sus mujeres, hijos y de lo que harían cuando, por fin, desembarcaran. Algunos de los comentarios que llegaban a sus oídos la sonrojaron de tal manera que hasta Sean se dio cuenta y se disculpó por ellos.

—Lo siento, preciosa, llevan tiempo sin estar en casa. Son buenos hombres, pero a veces se dejan llevar por el entusiasmo.

Kathleen sonrió tímidamente. Él se dio cuenta de su nerviosismo e intentó tranquilizarla:

—¡Te va a encantar tu nueva casa! Y estoy seguro de que todo el mundo cuando te conozca te apreciará. No debes preocuparte —le aseguró, dejándola sola.

Por fin llegaron a tierra. La gente del pueblo se acercaba ruidosamente a la nave y había saludos y abrazos allá por donde mirara. Vio a Sean con una bella pelirroja a la que besaba apasionadamente. La mujer lo miraba, sonreía y volvía besarle una y otra vez, mientras él le murmuraba palabras al oído. Kathleen se dio la vuelta avergonzada. ¡Qué pensarían si la viesan mirándolos tan fijamente! Bajó del barco y, despacio, anduvo hasta la suave arena de la playa.

Todo el mundo empezó a marcharse cuando apareció Sean corriendo junto con la chica.

—¡Discúlpame, Kathleen! ¡No tengo perdón! No debería ser tan desconsiderado como mi hermano, dejándote aquí sola.

—Por favor, no hace falta... —le disculpo.

—Os presentaré: esta es Lanay, mi mujer. —Miró embelesado a la pelirroja—. Seguro que os llevaréis muy bien.

Lanay soltó la mano de su marido y se acercó a ella con una radiante sonrisa.

—¡Perdona a mi marido! Al fin y al cabo, es un hombre —dijo guiñándole un ojo y haciéndole partícipe de su broma—, ya sabes como son. Creo que es mejor que vayamos a casa, estarás cansada, ¿verdad? —Y, cogiéndola del brazo, la llevó hacia el pequeño pueblo.

Brendan había abandonado la playa el primero, quería llegar a casa y dejar todo preparado para Kathleen, y, de camino, recogió a Beth.

—Quiero que prepares un buen baño caliente, Beth, tenemos una invitada.

—¡Una invitada! —exclamó la mujer—. ¡No puedo creerlo! Mi pequeño Brendan ha encontrado por fin a la mujer adecuada.

—No te hagas ideas equivocadas, mujer. Solo es una invitada y, mientras este aquí, se alojará en mi casa.

—Ah, ¡de eso nada! —repuso enfadada—. Ninguna mujer vivirá contigo si antes no pasáis por el santo rito. ¿Qué pensaría tu madre si yo dejara que eso ocurriera?

—¡Ya basta, vieja refunfuñona! ¡Ella vivirá sola! Yo me arreglaré en otro sitio. Y ahora, ¡ve y prepara ese maldito baño! —la recriminó con una sonrisa.

Beth se veía en la obligación de cuidar de él y de su hermano, desde que su madre muriera de unas fiebres cuando eran pequeños. Para Brendan era imposible enfadarse con ella; se acercó y la abrazó, levantándola del suelo.

—¡Qué haría sin ti!

Ella protestaba cariñosamente ante tal muestra de afecto.

—Brendan McLean, ¡qué voy a estar al tanto de todo! —le increpó, mientras la dejaba en el suelo y recogía sus pertenencias. Y que sepas que ya está todo preparado.

—¿Cómo? —La posó en el suelo—. ¡Va, déjalo!

Le guiñó un ojo descaradamente y salió de la casa. Hacía tiempo que se había acostumbrado a las artes de su querida aya.

Cuando llegaron, la anciana estaba esperando en la puerta, y viendo a Kathleen exclamó horrorizada:

—Pero, pequeña, ¿qué te han hecho? ¡Pero si eres apenas una niña! —La hizo pasar a la casa mientras echaba sin miramientos a Sean, que intentaba explicarse sin mucho éxito.

—¡Está bien, Beth! Vieja gruñona..., ya me voy —protestó despidiéndose de ella con un azote.

—¡Será descarado! ¡Más vale que controles a tu marido, Lanay! —aunque no evitaba reírse mientras lo decía.

Dentro de la cabaña había un baño humeante y un gran fuego en la chimenea. La anciana la ayudó a desvestirse, a pesar de su resistencia y de la pasividad de Lanay, que asentía a todo cuanto la mujer mayor decía, aunque cuando esta no miraba, ponía los ojos en blanco haciendo reír a la chica con sus muecas.

Kathleen se metió en el baño caliente que olía a lavanda y se relajó cuando vio que Beth se marchaba, excusándose de que tenía que ir urgentemente a hablar con alguien. En cuanto la anciana cerró la puerta, las dos chicas se miraron y sonrieron aliviadas.

—No debes tomar a mal sus atenciones, es una buena mujer que trata a todo el mundo como a sus hijos —comentó Lanay—. Ahora, mientras te aseas, iré a buscarte algo de ropa limpia. Y no te preocupes, seguro que alguien estará fuera vigilando para que no te molesten hasta que yo vuelva.

Estaba tan a gusto, queapuró tanto el tiempo que el agua del baño empezó a enfriarse y tuvo que salir de él. La temperatura del interior de la casa se mantenía debido a la gran cantidad de turba que habían echado al fuego. Como no tenía su ropa, se envolvió

en un lienzo y se sentó en una gran butaca que estaba frente al hogar. Con la punta de los dedos se desenredó el pelo e intentó secarlo al calor del fuego, hasta que llegó Lanay con una sonrisa y un gran bulto en sus manos.

—Me he permitido traerte algunas cosas que podías necesitar: un peine, ropa, calzado... ¡En fin! —Empezó a enseñar lo que había llevado—. Espero que el vestido te vaya bien, si no es así, podemos arreglarlo, no te preocupes.

—¡No sé cómo agradeceremos todo esto! —se disculpó.

—¡Oh, vamos! Las amigas están para esto... Venga, déjame que te ayude con el pelo. —Se ofreció, cogiendo el peine—. Te haré una trenza, si quieres, y hablaremos un poco hasta que acabe la reunión del consejo.

—¿Una reunión?

—Sí, pero no tienes que estar preocupada. Solo se está explicando tu situación y decidirán dónde vas a vivir. Aunque, o mucho me equivoco, o creo que estás ya en la que será tu nueva casa.

—¿Mi casa? ¿Esta? Pero ¿y la gente que vive aquí? Yo no quiero incomodar a nadie. —Se levantó asustada.

—¡Por favor, no debes preocuparte, no dejas a nadie en la calle! El *laird*⁴ sabe bien lo que hace.

La pelirroja se veían tan segura, que se tranquilizó un poco.

—¿Quiénes están en el consejo? —quiso saber.

—Bueno, pues el *laird*, la gente del pueblo... Hasta creo que Beth ha ido a sacarle los colores a Brendan y a Sean por el modo en que habías llegado y, entre risas, le contó que, al salir de allí, la mujer iba murmurando:

—¡Pobre niña, venir envuelta en esa capa mugrienta! Pues se van a enterar, qué se habrán creído para tratar así a esa pobre niña.

Lanay gesticulaba mientras hablaba, y Kathleen no paraba de reír. Después de ayudarla con la ropa, la chica preparó una

⁴ *Laird*: jefe de un clan.

agradable infusión mientras seguía hablándole del pueblo y de quienes ahora serían sus vecinos.

Estaba encantada, nunca se había sentido mejor.

Al poco tiempo, se oyó a alguien detrás de la puerta:

—¡Espero que esas dos mujeres estén preparadas porque voy a entrar! —gritó un hombre.

A lo que Lanay contestó:

—¡No seas bufón, Sean! Déjate de tonterías y entra ya.

Él metió la cabeza y sonrió mientras abría del todo la puerta.

—Vaya, ¿pero quién es esa bella mujer que está sentada al lado de mi esposa? —siguió bromeando.

Su mujer se hizo la ofendida y levantándose increpó a su marido:

—Pero ¡lo que me faltaba! ¡Mi marido piropeando a otra mujer delante de mí! ¡Será descarado! —Le dio la espalda sonriendo a Kathleen, que hacía esfuerzos para que Sean no la viera sonreír.

—¡Vamos, mi amor, sabes que solo quería ser galante! ¿Cómo voy a mirar a otra mujer que no seas tú? —decía mientras la abrazaba por la espalda, pero no pudo contenerse y siguió bromeando—: perdóname, mujer, por favor, no me hagas volver a dormir al raso.

Lanay se volvió hacia él como una furia, pero él ya le había agarrado las manos por detrás y le estampó un sonoro beso.

—Lo ves, Kathleen, no puedo con él, y no le creas ni una palabra, nunca le he hecho dormir fuera —se quedó pensativa y rectificó ante la cara que ponía su marido—. Bueno, solo fue una vez, ¡pero te lo merecías! —dijo disculpándose con un mohín.

Él sonrió y la soltó dándole otro beso.

Al poco tiempo, apareció Beth con una enorme y humeante cazuela, de la que salía un aroma suculento. Cenaron mientras Sean, entre bocado y bocado, explicaba lo que el consejo había decidido.

—En verdad, no hay mucho que contar. ¡Esta es tu nueva casa! —Kathleen, por su parte, no sabía qué decir—. Estarás aquí el tiempo que desees. —Miró a la anciana.

—También se ha decidido que, como no tienes familia ni nadie que pueda mantenerte, ayudes a Beth.

—No hagas ni caso, pequeña, no hace falta que me ayudes si no lo deseas —repuso la anciana.

—¡Me encantaría ayudarte! —objetó—. Si me dices qué es lo que tengo que hacer, lo haré encantada.

—¡Bueno, pues decidido, ayudarás a esta vieja en sus quehaceres! —sentenció Sean, simulando un bostezo y mirando de soslayo a su mujer—. Ahora creo que será mejor que vayamos a dormir.

Laney se levantó de la mesa sonrojándose y se dispuso a recoger los restos de la cena.

—No te preocupes, ya termino yo de recoger. Vete a ocuparte de tu marido que parece cansado —les dijo Beth ante la cara de pícaro de Sean—. Y no os preocupéis, yo me ocuparé mañana de que nadie os moleste a primera hora —terminó diciendo esto último entre carcajadas.

Sean no esperó: se levantó, agarró a su mujer de la mano y la sacó casi a rastras, mientras se despedían hasta el día siguiente.

—Son jóvenes —musitó la mujer queriendo disculparlos—. ¡Ya se sabe!

Terminaron de recoger los restos de la cena, y la mujer se excusó aludiendo que los viejos también necesitaban descansar.

—¡Y no te preocupes por ayudarme! Tómate unos días para conocer la gente, el pueblo... Ya tendrás tiempo para estar aguantando a esta pobre vieja. Y, si por cualquier motivo, necesitas algo, mi casa es la que está al lado del riachuelo que va a la playa. ¡Descansa tranquila, mi niña!

Se quedó sola y echó un vistazo a la que iba a ser su nueva casa; una amplia estancia en la que había una mesa y unas sillas debajo de la ventana, una alacena, el hogar y la gran butaca en la que se había sentado. Detrás de una cortina, en el fondo, estaba el lecho

con un gran arcón a los pies. Decidió instantáneamente que le gustaba su nueva morada.

Estaba rendida y se metió en la cama. Una cama, por cierto, amplia y cómoda. A pesar de estar tan cansada, no podía dormir. ¡Había pasado tantas cosas en un solo día! Lo único que lamentaba es que no había visto a Brendan desde que habían desembarcado. Recogió la capa que estaba a sus pies y se abrazó a ella mientras conciliaba el sueño.
